RAMIRO DE LA ESPRIELLA

EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1982

IMAGEN SENSIBLE DE GARCÍA MÁRQUEZ

Con motivo de la entrega del premio "Rómulo Gallegos" a Gabriel García Márquez en abril de 1972, Ramiro de la Espriella escribió la semblanza que aquí reproducimos, tomada de la revista *Imagen*, órgano del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes de Venezuela.

Causa espanto escribir algo sobre la obra de Gabriel García Márquez. Apenas me explico cómo Mario Vargas Llosa se atrevió a eso en un volumen de más de seiscientas páginas. Pienso que ese mundo, fantásticamente mágico, que crea y recrea García Márquez, es tan insondable, y nuestro paso tan inseguro dentro de él, que la crítica que florece a su lado no alcanzará jamás el intento de penetración que se propone, porque en el fondo su linfa es una tomadura de pelo a quienes todavía suponen que pueden pensar. Lo que García Márquez dice, lo que cuenta, no es para doctores sino para hombres. Y el hombre, habitualmente, no puede interpretar lo que lo rodea, a lo sumo tiene tiempo para vivirlo. Interpretar la vida es el intento fallido de la filosofía. Y la filosofía no tiene nada que ver con la literatura, por lo menos la filosofía-cartabón de los filósofos. Como si se dijera, la vida es para vivirla no para entenderla.

El único homenaje consciente que se le puede hacer a la obra de García Márquez es volver a leerla. Gozarla con

ánimo tranquilo, sin pretender sacar consecuencias. Porque, en fin de cuentas, ¿qué le importan a uno los incestos de la familia Buendía? ¿O que Remedios, La Bella, haya volado al cielo envuelta en una sábana? Esos son, sencillamente, unos datos más sobre lo que les pasa a los seres humanos. Todo cuanto se escribe como intento de penetración sobre García Márquez huele a pedantería; a veces, incluso, a ocio profesoral. Como si le estuvieran traduciendo a uno al propio idioma en que está hablando. Y conste que no me refiero a Mario Vargas Llosa, porque allí se trata de un gesto de desprendimiento, de humildad fraternal, casi de rostro ante el espejo, que desdobla el afecto estético.

Todo lo anterior para dejar sentado que no voy a escribir sobre la obra de Gabriel García Márquez. Acaso si lo logro, sobre el humo de la anécdota que lo rodea. Lo que estuvo en sus pasos iniciales. Cuando volvió de Sucre, por ejemplo, o subía a la Loma del Diablo, en Turbaco, o disfrazaba de camisa saimón y mocasines en las calles de Barranquilla su "Noche de Alcaravanes" donde la negra Eufemia.

Un día me encontré debajo de la Gobernación en Cartagena con don Gabriel Eligio, el papá, y me dijo: "Ese sinvergüenza no le escribe ni siquiera a la mamá". Andaba por Venezuela, o por México, no recuerdo, y ya su fama ascendía. Le contesté: "Pero está considerado uno de los mejores cuentistas del continente". Y el viejo, casi iracundo, bien convencido de lo que tenía por dentro, me respondió: "¿Cuentista? Embustero... Embustero es lo que es. Desde chiquito es así. Iba a una parte, veía algo, y llegaba a la casa contando otra cosa. Lo agrandaba todo". Eso es lo que ahora llaman el realismo mágico, que es la verdad mentira, que se puede creer y no hace daño a nadie. Pero los profesores quieren sacar consecuencias. Como tratan de explicar también, por ejemplo, el fenómeno de la abstención electoral,

Allí comenzó a escribir un novelón inmenso que se llamaba *La Casa,* en largas tiras de papel periódico, sacadas precisamente de *El Universal.* De esa novela arrancan, hasta ahora, todas las demás. Ahí estaba ya larvado, lo que apareció luego en *La hojarasca,* mucho de cuanto se dice en *Cien años de soledad,* rasgos de sus cuentos. Había una "Adelaida" que no recuerdo haber vuelto a oír jamás. García Márquez se iba a La Loma del Diablo, una finca donde vivíamos en Turbaco, con los originales del novelón hechos un gran rollo, y nos leía, nos leía toda la tarde, a veces también en la noche. Todo aquello rociado con el ron viejo del barril que había en el garaje, y que nosotros curábamos echándole ciruelas pasas. Naturalmente, la lectura terminaba casi siempre en una "pea", y la "pea" en una gran discusión, y como entonces no sabíamos qué clase de genio era García Márquez aquellos personajes se nos borraban, y muchos de ellos no han vuelto a aparecer jamás. La novela se hinchaba a veces, crecía, en otras ocasiones aparecía totalmente podada, delgada, como un cuento. Le entraban y se le salían personajes, pero se seguía llamando "La Casa", tal vez por eso. La verdad es que nadie le metía la mano a "Gabito" en sus originales. Nuestra intervención se limitaba a la rutilante audiencia etílica de unas largas tardes viendo caminar o sentarse a sus personajes...

Una vez oyéndolo leer, mi mamá le dijo: "Gabito, ese es el general Uribe...". Y se quedó silenciosa. No había hablado aún de las treintidós revoluciones. Y "Gabito" le preguntó: "¿Cómo lo conoce?". Ella le contestó: "Por las muñecas, porque el general Uribe tenía así de grandes las muñecas". El personaje se convirtió después en el coronel Aureliano Buendía, y era al principio un médico que se fue a vivir a Sucre, no a Macondo y tuvo allí la fama de hombre retraído y distante. La lectura se interrumpía, de pronto,

porque había que tomarse un trago, echarle hielo a los vasos, y la Coca-Cola, o porque simplemente "Gabito" la suspendía para decir: "Este personaje hay que atornillarlo más", y hacía el gesto con la mano empuñada. Eso podía significar, también, la liquidación total del personaje, que lo pasara al "paredón", aunque el "paredón" entonces no existía, o que lo trasmutara en otro como quien cambia de vasija un líquido. Al contrario de lo que sucedía en Macondo recién fundado, en la obra literaria de García Márquez hay muchos más personajes muertos que vivos. Y es por eso, precisamente, por lo que yo creo que García Márquez es un revolucionario hondo y medular, más por dentro que por fuera. Con la gente que ha fusilado en su obra, o que ha expatriado de las páginas de sus novelas, hay para varias de las "purgas" de Stalin.

Leíamos *Orlando* y *El faro* de Virginia Woolf, y de pronto, García Márquez se detenía en un párrafo para exclamar: "¡Esta es mucha vieja macha!", y me releía en voz alta, por ejemplo: "el amor no es sino quitarse las enaguas". Lo mismo pasaba con Dos Passos o con Faulkner en aquellos amores entre el bobo y la vaca del *Villorrio*. En esos días apareció Malaparte con *La piel* y *Kaputt*, los horrores de la segunda gran guerra, el paso de los soldados negros por Italia, la ceremonia de la "figliata" y las enanitas de Nápoles. Se le acabaron, sin dedicación, los estudios de Derecho en la Universidad de Cartagena, y se fue a Barranquilla como redactor de planta de *El Heraldo*, periódico que dirigía el doctor Juan B. Fernández, padre. Fue entonces cuando conoció a Alfonso Fuenmayor, a Germán Vargas, a Álvaro Cepeda, y se volcó, íntegramente, a crear su propia obra. Se contagió con ellos de suficiencia costeña —no hay que olvidar que García Márquez dice frecuentemente que los cartageneros somos los "cachacos" de la Costa—, bebió

trago, alargó la bohemia y comenzó de verdad a vivir su novela: la que llevaba por dentro. Eran unas discusiones interminables, a gritos, y casi siempre vulgaridades, en las que Cepeda daba alaridos hasta que alguien proponía que nos fuéramos para otra parte. A veces llegaba Riverita, el pintor, y se quejaba de que la falta de la yerba no lo dejaba pintar "desde hace más de un mes, hermano", contaba sus amores de la época de bailarín con la nija del dueño del circo, y cómo madrugó a huir al día siguiente cuando el papá de la niña le propuso que reemplazara en su papel al domador de las fieras. Todo eso, casi siempre, terminaba en la plaza del cementerio de Calancala tomando sopa de mondongo, tan espesa que Cepeda aseguraba que también la usaban para pegar las cartas.

Sobre su obra existen ahora tres posiciones: la de los profesores, que le meten psicología, la hurgan, la escudriñan, y le encuentran de todo.

Las de don Gabriel Eligio, el papá, que se sentaba horas y horas enteras en mi oficina de Bogotá, y me iba contando quien era en su pueblo cada uno de los personajes de *Cien años de soledad,* con sus pelos y señales. ¡Qué mala vaina aquella!, porque era como cuando en los pueblos se ve cine detrás de la sábana del telón, con la imagen al revés. Y como sucede siempre en las casas, el viejo me sostenía después de cada identificación, lleno de orgullo por dentro: "Es que el verdadero escritor no es 'Gabito' como cree la gente, sino Gabriel Eligio, que dice las cosas como son".

Y la de un catedrático extranjero, que un día, conversando en mi casa, me hablaba consternado de la profundidad histórica de García Márquez. "¿Se ha fijado usted cómo trascienden sus personajes?", me preguntaba. Me quedé sin entender. Entonces ajustó: Mire usted la familia de los Buendía. Son dos ramas: la de los Aurelianos y la de los Arcadios.

La una es la estirpe romana e imperial; la otra la eglógica y griega".

Lo mismo le pasa a Cervantes y a Dostoievski, entre otros. Qué no han dicho del Quijote los que quieren saber más de él que su propio autor. Y de Raskolnikof, los nuevos aleccionadores del derecho penal positivo en su época. En eso consiste, fundamentalmente, la gracia del genio: en dejarse manosear de quienes se le acercan sin perder nada de lo que le hace brillar.

En *El Espectador*, Bogotá, octubre de 1982.